

bia encaminado: la luna apareció brillante y derramaba su luz mágica por el ancho puerto y por algunos hermosos buques de guerra anclados cerca de la playa y casi á los piés nuestros. Llamados á la posada por la hora y mas aún por nuestro enérgico apetito, encontramos la comida compuesta de un solo plato que describiremos, porque á despecho de su origen aleman, nos ha parecido conaturalizado de todo punto en Rusia, en donde con harta frecuencia se presenta. Hé aquí cual es este producto culinario que se hace esperar mas que nuestras complicadas comidas. Con el usurpado nombre de *beefstakes*, ó con el nombre aleman de *carbonadas* sirven cierta mezcla de carnes frescas picadas juntas, y arregladas en pequeñas tortas llanas, lindamente recortadas. Se cuecen en sartén y forman el sólido y único fondo de toda comida de posada, si la estrella del viajero es tan feliz que le lleve á una ciudad que tenga posada, cosa que se encuentra raras veces. Lo que se halla siempre y casi en todas partes, es una taza ó mas bien un vaso de té excelente. Toda casa de Rusia, aun la mas pobre, posee un mueble de uso fácil y frecuente, que en pocos instantes procura la odorífera infusión del arbusto de la China. El samowar es, sin contradicción, el utensilio mas característico del

país. La especie de olla, así llamada, es un vaso de cobre brillante, de pié y medio de altura y de forma parecida á un vaso griego antiguo. En la parte inferior hay una espita, atraviesa el interior un tubo vertical de hierro, en donde se enciende el carbon por medio de una corriente de aire abierta en el pié del vaso. El samowar es el mas usual emblema de la hospitalidad rusa: él os saluda en el umbral de la puerta, en donde parece que se enciende por sí mismo á la llegada del viandante. Apenas ha entrado éste en la casa cuando le derrama el hirviente licor cuyo aroma alegre y descansa los fatigados miembros. Si el viajero está cerca de alguna colonia de labradores alemanes, no dude que le añadirán al té rebanadas de pan blanco y muy delicado, y algunas partículas de excelente manteca; y en este caso aproveche la ocasion porque eso es toda la cena, y podrian muy bien pasarse veinticuatro horas recorriendo setenta y cinco leguas de páramo antes que le alcanzase otra fortuna semejante.

Perdone el lector estos cortos episodios y veanos otra vez en el desnudo desierto, corriendo hácia Kherson, por un camino que desciende con direccion al Sudeste. Bien que en Nicolaieff pedimos caballos para las cuatro de la madrugada, y no vi-

nieron hasta despues de hora y media de espera: el dia estaba ya en la mitad de su curso cuando nos acercamos á Kherson en medio de un polvo espeso y sufocante, hasta el punto de molestar la respiracion, sin hablar del doloroso escozor que experimentan los ojos. Esa incómoda atmósfera no permite ver de una ojeada toda la ciudad que es muy estensa y tiene edificios considerables. Lo que mas nos admiró despues de las hermosas líneas de la fortaleza que se alza detrás de esas polvorosas nubes, fué una innumerable porcion de molinos de viento de seis aspas, que volteando á la vez en la cumbre de una ligera eminencia, producen el espectáculo mas estraño y confuso que pueda imaginarse. Por fin entramos en las anchas calles de Kherson. Ibamos pertrechados con una carta de recomendacion para un frances vecindado hace mucho tiempo en el pais, en donde ha construido un gran lavadero de lana, y combinábamos ya las dulzuras de un alto de que teniamos necesidad verdadera: mas ¡ay! era muy difícil en medio de nuestra absoluta ignorancia de las mas sencillas voces de la lengua rusa, descubrir la morada de ese compatricio. Cierta que algunos judíos á quienes preguntamos en aleman nos contestaron al punto, porque un judío de cualquier punto del globo, entien-

de el aleman, pero sus incompletos indicios no hacian sino estraviarnos mas y mas en esa grande ciudad, é íbamos errantes de puerta en puerta, con un sol que abrasaba y seguidos de nuestro carruaje poco vistoso. Habiendo penetrado finalmente en un patio de muy buen aspecto, nos recibió al pié de la gradería una señorita, á la cual nos arriesgamos á preguntar en todas las lenguas posibles por la casa que buscábamos. El aleman, el inglés, el italiano habian sido rechazados por el desesperador *ne ponimariou*, no entiendo. Una audaz tentativa en griego moderno nos dejó de todo punto desalentados, cuando la señora nos dijo con voz agradable sin duda, y que nos pareció una melodía venida del cielo: ¿Por casualidad, señores, hablariais frances? ¡Oh ventura inesperada! Precisamente nos habiamos dirigido á una compatricia. Al darle gracias por sus exactas indicaciones, hubimos de recordar aquel capítulo de Rabelais en el cual su héroe fantástico despues de hablar siete lenguas diferentes, recibe precisamente la misma contestacion que nosotros, viajeros perdidos en las llanuras que el Dnieper baña. Nuestro huésped frances nos recibió cordialmente y en la casa encontramos un jóven chambelan del emperador, á quien habiamos conocido en Yalta, y M. Vassal, propietario de los

alrededores de Pérécop, que gracias á sus especulaciones acerca de la propagacion de las ovejas de raza pura ha hecho un grande servicio á esos paises, aumentando al mismo tiempo su propia fortuna. Los apriscos de M. Vassal, cuyas lanas se esportan principalmente para Kherson, han mejorado de un modo muy notable los productos, ya estimados en tiempos anteriores, de las regiones inmediatas á la Crimea, y en especial han dado nuevo vuelo á la esportacion de Kherson, sufocada durante mucho tiempo por los privilegios de Odesa. Despues de la partida de esos dos viajeros nos abandonamos, con no poca satisfaccion sensual, á los hospitalarios cuidados de nuestro compatriota M. Moulins.

Terminada la comida, acompañamos al huésped que nos habia agasajado, á su lavadero, que se halla en una grande isla del Dnieper, y consta de edificios de madera de vasta estension. Ocupan el primer piso grandes talleres, en donde las mujeres esparraman las lanas ya lavadas y las escogen segun sus diferentes calidades. El piso bajo está dividido en muchas celdas, destinadas á contener las diferentes clases de lana, y en él se halla asimismo la prensa para apretar las balas. Esta prensa se compone de un simple tornillo que obra por medio de

palancas horizontales, y por lo dicho se ve cuánto dista de producir los maravillosos resultados de la prensa hidráulica. La visita de los lavaderos, tuvo para nosotros un pintoresco atractivo de los mas singulares, que se roza demasiado con los usos locales, para que dejemos de mencionarlo. Las tinajas para el lavado están colocadas sobre grandes almadías. Doscientas jóvenes de diez y ocho á veinte años, se ocupan en esta operacion bajo la vigilancia de algunas mujeres de mas edad. El momento de nuestra visita coincidia con la hora del descanso que tienen despues de comer, y en la estacion presente, estas jóvenes, siguiendo el uso del pais, consagran al baño este rato de recreo. La almadia estaba casi desierta; mas las inmediatas olas estaban pobladas de morenas nadadoras que habian abandonado escrupulosamente en la playa, todo lo que puede servir de estorbo á una alegre natacion. Este cuadro nada estraño tenia sino para nosotros.

El uso del baño en comun, no asusta en estos paises al uno ni al otro sexo; y así es, que en Sebastopol habiamos tenido ocasion de ver ocupados los mas angostos espacios por hombres y por mujeres que, con la mayor inocencia, se entregaban á esta diversion saludable. Cuando volvimos á la pla-

ya de Kherson, dos de las jóvenes nadadoras cogieron los vestidos para acompañarnos á la margen vecina á la ciudad, en cuyas calles se agitaba el comercio, y habia grande ruido de trabajadores, mozos de cordel y pueblo atareado. Allí, como en todo el país, la extraordinaria venta de sandías era el motivo de esas reuniones apretadas, y que muchas veces ocasionan disputas. Un poco mas arriba de ese punto el rio está cubierto de grandes barcos de cabotaje, los cuales vienen á cargar los productos agrícolas que en grande abundancia llegan á Kherson por el Dnieper, sin hablar de la sal traída por las caravanas de las costas orientales de la Táurida.

La fundacion de Kherson no cuenta mas de medio siglo, y sus cimientos fueron echados por Potemkin, cuyo célebre nombre es inherente á todas las cosas grandes de esos países. Segun las miras de su fundador, esa ciudad estaba destinada á un porvenir mas dichoso; y en efecto, desde luego su posicion parece calculada muy de intento, á fin de que pueda servir de depósito de todos los productos que el Dnieper trae desde el mismo centro del imperio y derrama por las estremidades; de suerte, que esa ciudad fué desde su origen vasta y opulenta. Diósele el nombre griego, que recordaba la an-

tigua y floreciente colonia de la península heracleónica. Kherson, cuya etimología se halla en el adjetivo *Kherso*, significa un lugar desierto, árido, inculto.

Todo fué perfectamente hasta la fundacion de Odesa; mas el rápido acrecentamiento y las inmundidades con que fué agraciado ese naciente puerto, cortaron el vuelo á la prosperidad de que disfrutó Kherson en sus principios. Los buques del Mediterráneo hallaron ventaja en anclar en la rada de Odesa, que era abierta y les ahorra una lucha muchas veces larga, entre las rápidas corrientes y contra los variables bancos de la limane del Dnieper. En los primeros años de este siglo, la decadencia de Kherson era ya sensible, y muchos viajeros atestiguaban en 1802 el menoscabo de esta grande ciudad, que con tanto motivo habia contado con un rápido esplendor y una opulencia inmensa.

La franquicia concedida á Odesa, dió el golpe postrero al grande depósito del Dnieper. Desde entonces Kherson no ha recibido en su puerto sino los buques que despues de dejar en Odesa su cargamento de frutos de Occidente, vienen á buscar mas cerca de su manantial, las lanas y los granos que la vasta concha del Dnieper puede siempre

proporcionarles con mayor beneficio. Es imposible, pues, no deplorar la frustracion de las esperanzas que parecian infalibles. Las calles de Kherson, demasiado anchas hoy para la circulacion, están cubiertas de un polvo devorador, los cuarteles, otras veces llenos de almacenes bien colmados, no tienen hoy mas que el exterior y están cerrados á todo comercio: algunos trajes de judíos, negros y raidos, se presentan todavía, acá y acullá, en las puertas de sus desiertos basares, y voluntariamente recuerdan esos ávidos cuervos que ventean la destruccion. Y sin embargo, ¡cuán grandes cosas habia preparado su ilustre fundador para esta ciudad que era su objeto predilecto!

Echad una ojeada á las imponentes murallas de la fortaleza, á los descuidados establecimientos del almirantazgo, y os formaréis una idea de los altos pensamientos de Potemkin, que habia destinado esta plaza á ser llave del grande rio meridional. En Kherson descansan los restos de ese príncipe arrebatado por una muerte prematura en el lugar que mentamos cuando atravesaba el páramo de la Besarabia. Ese ministro poderoso entre todos los ministros de Europa, ha sido colocado en la modesta iglesia de Kherson.

Esta ciudad es hoy la capital de uno de los go-

biernos que concurren á formar el gobierno general de la Nueva Rusia, y que lleva su nombre. Los recientes empadronamientos permiten fijar su poblacion en veinte mil almas, y segun se asegura, esta ciudad, cuya estension es inmensa, tiene en los cuatro grandes cuarteles que la dividen, tres mil seiscientas casas.

Habiamos formado el proyecto de trasladarnos de Kherson á Alecki por el Dnieper; viaje de diez y siete verstes que suponen muy pintoresco en alguno de sus trechos, en los cuales se navega entre altos cañaverales que rodean al viajero como una muralla. Desde Alechki pensábamos encontrar camino para ir á Perecop; mas las útiles advertencias de M. Vassal, nos aconsejaron desistir de este itinerario, que entonces era imposible, porque las casas de postas estaban desmanteladas en todo ese camino, y los caballos habian ido á engrosar las del gobierno de Kherson para el paso de los muchos viajeros que se esperaban de dia en dia. Por esto hubimos de seguir el camino que remonta el rio hasta Berislaff, no obstante de ser mas largo y de causarnos un retardo de muchas horas.

Antes de ponerse el sol habiamos llegado á las riberas del Inguletz, rio tributario del Dnieper que se encajona entre márgenes bastante elevadas, no

lejos de las cuales se dice que hay estratos de kaolin. Llegamos á la barca que sirve para atravesarlo por una larga hilera de copudos sauces que se cruzan formando bóveda encima del camino. Eso era un verdadero bosque en comparacion del páramo siempre tan triste que acabábamos de recorrer, y que encontramos tristísimo, porque á mas andar se nos venia la noche. En esa hora y en esas solitarias llanuras, es imposible no experimentar un involuntario sentimiento de melancolía: la oscuridad que dentro de un instante envolverá al viajero hace ese aislamiento mas completo y le roba la luz, único espectáculo capaz de distraerle en caminos semejantes.

A las ocho llegamos á una parada, y allí, en casa de una huésped, que hablaba aleman, encontramos la cotidiana taza de té y sus ligeros accesorios. Desde este punto tuvimos la compañía de un oficial general que volvia de Vosnessensk y marchaba como nosotros á Crimea. Hacia media noche recorriamos las calles de Berislaff á la opaca luz de la luna: al llegar á la posta, de que cuidaba un judío, encontramos la familia del israelita tendida en un pequeño patio al aire libre. Por un refinamiento de molicie digna de los bellos dias de Sybaris, cada persona, habia elegido por lecho uno de esos

telegos de posta tan duros en los vaivenes del camino. Antes que se hubiese despertado ese pueblo de durmientes, y sobre todo, una vieja de quien partian las órdenes supremas, se pasó mucho tiempo, y continuamos el camino abrumados por una larga palabrería en el mas horrible aleman de judío que puede destroz ar orejas cristianas.

Nada podemos decir acerca de la importancia de Berislaff, atravesada durante la noche, ó por mejor decir, medio recorrida para volver al punto de donde habiamos salido. Ocupa la ciudad una imponente meseta, que domina la márgen septentrional del Dnieper. Las calles son rectas y regulares, como es uso y costumbre en todas las buenas ciudades de la moderna Rusia. Fundóse Berislaff en los gloriosos tiempos de la emperatriz Catalina, cuando esa grande soberana quiso tener una línea de guarniciones que asegurasen la pacífica posesion de sus recientes conquistas. El insignificante puesto militar que dominaba el paso del rio antes de construirse la nueva ciudad, se llamaba en tataro Kisilkerman, ó fuerte rojo. Van á parar á Berislaff cinco caminos importantes que la hacen necesaria precisamente en el punto en donde se halla. El que viene del Sud ó de Perecop, trae innumerables cargamentos de sal: dos que se dirigen hacia el Nor-